

FEDERICO CORRIENTE: *IN MEMORIAM*

TOMO CII · CUADERNO CCCXXV · ENERO-JUNIO DE 2022

POCAS veces se habrá dado el caso de que el mismo académico que recibió jubilosamente a un nuevo miembro en el seno de nuestra corporación sea también quien pronuncie, apesadumbrado, su discurso fúnebre. Pero así es: hoy me toca trazar una semblanza apresurada de nuestro último arabista, Federico Corriente. Más bien debiera de haber sido a la inversa. Pero la vida depara estas desagradables sorpresas e impone tan incómodos deberes.

Sobre sus fundamentales aportaciones al arabismo español hablé con cierta extensión en la contestación a su discurso de entrada en nuestra Academia. Permítaseme, pues, que ahora sea más breve al tratar esta materia, limitándome a señalar las líneas maestras de su carrera universitaria y de su producción científica. Nació Federico Corriente en Granada el 14 de noviembre de 1940. En 1962 se licenció en Filología semítica en la Universidad de Madrid, en la que obtuvo en 1967 su doctorado con una tesis sobre la *Problemática de la pluralidad en semítico: el plural fracto*. Su magisterio fue fecundo: desempeñó el cargo de director del Centro Cultural Español en El Cairo (1962-1965) y enseñó en las Universidades de Rabat (1965-1968), Filadelfia (Dropsie College: 1968-1970), Madrid (Universidad Complutense: 1972-1976, 1986-1991) y Zaragoza (1976-1986 y 1991-2011).

Por centenares se cuentan sus publicaciones científicas: cincuenta libros, doscientos artículos científicos y más de ciento cincuenta conferencias y ponencias en congresos han registrado M.^a José Cervera y Ángeles Vicente en su *Breve semblanza y bibliografía de Federico Corriente Córdoba*, publicada en *Boletín de Información Lingüística de la RAE*, n.º 16, 2020, págs. 139-62. Sus investigaciones arrojaron luminosa luz sobre el árabe andalusí, el dialecto hablado por la clase dominante de Alandalús, como él decía, aduciendo como prueba de la prosodia propuesta el acento oxítono de *andaluz*. En torno a este

tema predilecto versa buena parte de su producción científica, desde el *Árabe andalusí y lenguas romances* (Madrid, 1992) hasta el *Dictionnaire du faisceau dialectal arabe andalou* (Berlín, 2017). Como no podía ser menos, reclamaron su atención las *xarajāt*, cuya métrica, de origen árabe, a su juicio, estudió cuidadosamente (*Poesía dialectal árabe y romance en Alandalús*, Madrid, 1998; ediciones de Ibn Quzmán [Madrid, 1980, 1984; El Cairo, 1995]). A la herencia andalusí en el léxico romance dedicó Corriente un sinfín de trabajos, que culminaron en *A Dictionary of Arabic and Allied Loanwords: Spanish, Portuguese, Catalan, Gallician and Kindred Dialects* (Leiden, 2008).

Brilló Corriente, como galano prosista que era, en el difícil arte de la traducción. Entre sus numerosas versiones de textos árabes al castellano destaca la del *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān (Madrid, 1979; Zaragoza, 1981, 2001), aunque tampoco cabe olvidar sus ediciones de Ibn al-‘Aṭṭār (1983), aš-Šuštari (CSIC, 1988), el *Libro base del médico para el conocimiento de la botánica por todo experto* (CSIC, 2004, 2007, 2010) y *El buen gobierno del zoco* de Al-Saqāṭī al-Malāqī (2014), entre otras.

A remediar las carencias de los estudiantes, que no disponían de buenos manuales en español, se dirigieron otras beneméritas obras suyas: el *Diccionario español-árabe* (Madrid, 1970), la *Gramática árabe* (Madrid, 1980) y la *Introducción a la Gramática y Textos árabes* (Madrid, 1986). Con buen criterio, defendió Corriente la transcripción centroeuropea del alfabeto árabe frente a la utilizada por Asín y sus discípulos, que él calificó de «castellanización baciyélmica», y rechazó, también con razón, la acentuación llana de *bereber*, un capricho de don Emilio García Gómez.

Conocí a Federico y a su mujer, Asunción Ferreras, en Zaragoza, en casa de un buen amigo y colega, el gran latinista Javier Isso Echegoyen. Fue una cena inolvidable. Me deslumbraron el ingenio, la cultura cosmopolita y el gracejo, muy andaluz, de Federico, cualidades suyas que me volvieron a asombrar en otras estancias en la misma ciudad. Por tanto, cuando en la Academia se planteó la necesidad de contar con un arabista entre sus miembros, secundé la propuesta con todas mis fuerzas y después apoyé entusiasmado su candidatura.

Convencer a Federico de que aceptase el envite distó mucho de ser tarea fácil. Lo desasosegaba la idea de dejar su casa y el despacho de su Universidad, donde trabajaba en paz y con calma, para asistir una vez por semana

a las reuniones académicas en Madrid. No es que lo inquietara el bullicio de la capital; pero él, además de ser poco amigo de acaparar honores, rehuía contraer compromisos que no pudiera cumplir. Muchas fueron las llamadas telefónicas que lo instaron a presentarse, todas en vano. Logró persuadirlo *in extremis* Víctor García de la Concha, maestro en el arte de la persuasión. Esta resistencia, casi diría que numantina, a aceptar un honor que se le ofrecía en bandeja da idea muy cabal de la personalidad de nuestro académico: un hombre cordial y sencillo, ajeno a toda vanagloria, ávido de saber y siempre dispuesto a rectificar su opinión, de estar equivocado, y a reconocer públicamente sus errores; en definitiva, un sabio de primerísima magnitud y, por añadidura, el políglota más asombroso que yo haya conocido jamás.

Su discurso de ingreso en nuestra casa, pronunciado el 20 de mayo de 2018, versó sobre *La investigación de los arabismos del castellano en registros normales, folklóricos y bajos*. En mi contestación le propuse que llevásemos a cabo entre los dos una nueva edición crítica del Vocabulario latino-arábiga conservado en Leiden, a cuyo estudio él había dedicado ya una extensa monografía en 1991; mas quedaba por hacer el análisis correspondiente de los lemas latinos, una investigación que, combinada con la significado de cada vocablo en árabe, quizá hubiese proporcionado algún detalle interesante a la historia de nuestra lengua. Es una pena que aquel proyecto de edición no pasara de ser un bello sueño, que hubiese vuelto a hermanar dos disciplinas solo en apariencia antagónicas.

Incorporado ya a las tareas de la Academia, Federico Corriente no faltó sino por fuerza mayor a las reuniones de los jueves y cumplió escrupulosamente todas las tareas que se le encomendaron. Entre ellas, cumple destacar la revisión ejemplar de un extenso trabajo suyo anterior: las *Notas a los arabismos y otros «exotismos» en DLE 2014 (Adiciones y correcciones a la revisión de 1996)*, un monumental artículo publicado en el *Boletín de Información Lingüística de la RAE*, nº 11, 2019, págs. 2-79, en el que, no contento con someter a examen los términos de su disciplina, corrigió asimismo la etimología de un sinfín de voces de otras lenguas, como *bóer*, *bolchevique*, *cachemira*, *calmuco*, *champú*, *hicso*, *jemer*, etc., etc.

¡Cuántas veces, al salir de la Academia, hemos ido andando los dos juntos a la estación de Atocha, aprovechando que el camino es todo él cuesta abajo, algo muy de agradecer cuando se tiene una edad! Al cabo del trayecto, y ya

pasado el control de equipajes, solíamos tomar en el bar una caña —y, a veces, hasta dos—, aguardando a que llegase la hora de la partida de los trenes respectivos, que cogíamos, curiosamente, en direcciones opuestas y hasta paradójicas: él, el andaluz, a Zaragoza; yo, el madrileño, a Sevilla. Aquellos minutos se pasaban volando. Mientras transcurría la espera, Federico, que era un magnífico conversador, hablaba de lo divino y lo humano. Otras veces era yo, que andaba en aquellos años preparando la nueva edición de mis mozárabes, quien lo acosaba a preguntas sobre tal o cual problema, que él zanjaba al instante, escribiéndome en cualquier papel, incluso en una humilde servilleta, la solución de mis dudas. Su memoria era tan prodigiosa como su sabiduría.

Una larga y penosa enfermedad impidió a Federico asistir al Congreso de ASALE celebrado en Sevilla en noviembre de 2019. Lejos de aliviarse, las dolencias fueron a peor. Su entereza lograba disimular la extrema gravedad de su estado, que delataba únicamente la flaqueza de su voz, bien perceptible en las últimas conversaciones que mantuvimos por teléfono. La muerte se llevó a Federico Corriente el 16 de junio de 2020, cuando solo tenía 79 años de edad y todavía se podía esperar que hiciese sustanciales aportaciones al arabismo; entre ellas, la redacción de una nueva monografía, que él, abandonando el uso del inglés, pensaba redactar en francés.

Su contención natural, a la que antes me he referido, le impidió cosechar en nuestra patria todos los honores a que con toda justicia era acreedor. La Universidad de La Laguna lo nombró doctor *honoris causa* en 2015 y la Real Academia Española lo llamó a su seno en 2017. Hubiera merecido muchísimo más, pero él, escéptico con distinciones, siempre aleatorias, tampoco necesitó reconocimientos oficiales.

Adiós, querido amigo. Tu ausencia me llena de triste melancolía, pero también, falta de tus conocimientos, se duele nuestra casa de que haya enmudecido en sus debates la voz del arabismo.

JUAN GIL
Real Academia Española